

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION

M. Menapace O.S.B.

Uno de los temas que más escucho, y al que prácticamente pueden reducirse la mayoría de los problemas, es el de las tentaciones.

Empezaría diciendo que es bueno distinguir cosas diferentes que se esconden detrás de esta palabrita bien bíblica que nosotros traducimos por tentación. En el griego del Nuevo Testamento se le llama "peirasmós".

PRIMER TIPO DE TENTACION

Ya sé que no está hoy en día de moda hablar del diablo. Y menos cuando uno quiere captarse la simpatía de los jóvenes. La sicología y otras ciencias nos han acostumbrado a mirar de frente algunas de nuestras manifestaciones interiores, desenmascarándolas a fin de llegar a nuestras personalísimas raíces. Ya no es fácil atribuir al demonio un montón de cosas (1), como se hacía en una cierta espiritualidad del tiempo de nuestros mayores. Pero tenemos que ser sinceros en nuestra lectura del Evangelio. Allí el diablo aparece, y sin demasiadas explica-

ciones. Para los primeros discípulos del Señor era una verdad tan evidente que no necesitaba ser discutida ni puesta en duda. Se podría hacer esta prueba. Pónganse a leer el Evangelio y, cada vez que aparezca el diablo, arranquen la página. Es probable que se queden con muy pocas. O que al menos le faltarían, al Evangelio, algunas de sus mejores partes. Y sin embargo el Señor nunca usa de él como un medio de suscitar el temor.

Ni siquiera lo considera un contrincante válido o temible. Simplemente previene sobre su existencia y desenmascara sus planes. Pero su actitud no es la misma en todos los casos de tentación.

Hay un primer tipo de tentación que es la que nos describe Santiago en su epístola: "Ninguno cuando sea tentado diga: 'Es Dios el que me tienta'; porque Dios no es tentado por el mal ni tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia que lo arrastra y lo seduce. Después, la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, cuando es consumado, engendra la muerte" (Sant. 1,13-15).

Se trata de la situación en que un objeto placentero nos despierta un deseo y nos sentimos inclinados a satisfacerlo realizando para ello un acto que está mal. Digamos: nos hace cometer un pecado. Aparentemente aquí no sólo no es Dios, ni siquiera es el diablo quien nos tienta. La cosa está dentro de nosotros y es despertada por una realidad exterior que atrae nuestro deseo y nos lleva a satisfacerlo, aun sabiendo que no está bien lo que hacemos (2).

Frente a este tipo de tentación podemos decir que el diablo es un espectador o, a lo más, un compinche que nos llama la atención respecto de cierto objetos y situaciones. Lo demás, corre por cuenta

de nuestra mala inclinación, particularmente si ella ya se ha hecho un hábito a fuerza de caer siempre en lo mismo. Y la ascésis mejor -y por otro lado la más tradicional- nos aconseja luchar contra este tipo de tentación mediante dos actitudes. Primero: evitando las situaciones que nos colocan frente a la posibilidad de caer. Y segundo: haciendo los actos, voluntarios y conscientes, contrarios a la inclinación natural que nos llevaría al pecado o a la chabonería. La oración, la mortificación de los sentidos, junto con la apertura de corazón para reconocer nuestras caídas, son las armas más apropiadas para vencer en este tipo de tentaciones, de las que nadie está exento.

Dentro de este primer tipo entrarían casi todas las que nacen de los siete pecados capitales (3), y que suelen ser las cotidianas, contra las que estamos invitados a luchar y a estar en guardia, si es que queremos llevar una vida espiritual en serio.

SEGUNDO TIPO DE TENTACION

Frente al proyecto de Dios, que nos invita a hacer un camino duro y exigente, suele aparecer la tentación de la encrucijada. Es la de Cristo en el desierto. Dios pide una obediencia que tiene mucho de oscuro, de absurdo, de cruz. Y allí aparece el tentador. No nos propone una meta diferente. En principio, parece estar de acuerdo con el objetivo de nuestra vida. Pero nos propone un camino distinto. (4).

Esta tentación tiene como dos caras. Por un lado se pone en duda la sinceridad de Dios. Se discute -o, al menos, se ironiza- sobre sus verdaderas motivaciones. Y en segundo lugar se propone un camino mucho más atractivo y lógico para alcanzar la meta propuesta. Es la tentación del Paraíso:

se quiere ser como Dios. Lo que es un buen deseo. También Dios lo quiere. O mejor dicho: es lo que El quiere. Pero allí aparece Mandinga que hace dudar de la verdadera intención de Dios, y además propone un camino distinto del de la obediencia confiada y filial. Propone que el hombre se libere, que arrebate por sí mismo lo que Dios se reserva como un derecho propio. Que sea el hombre mismo, sin necesidad de Dios, quien decida lo que está bien o lo que está mal. Sería ingenuo pensar que la Biblia nos quiere presentar el pecado de nuestros primeros padres como una tentación de gula; con lo que se ofendería una orden, un tanto arbitraria, por parte de un Dios que quiere poner límites legales a la alimentación de la humanidad. No se trata de una tentación del primer tipo, con el diablo como simple espectador o compinche. Por lo demás, el hombre aún no había pecado y como tal no tenía la mala inclinación que en nosotros crea la concupiscencia. Se trata del segundo tipo de tentación. En la encrucijada entre el proyecto de Dios y la sugerencia del Maligno, el hombre engañado opta apartándose del camino bueno. En estas circunstancias hay algo peor que cometer un pecado. Es el cometer un error que nos aleja del plan de Dios. Y como tal esta tentación suele presentársele hasta a las personas más buenas y más santas.

Es también la de Jesús en el desierto antes de comenzar su misión que lo llevará a la cruz y a la muerte por obediencia al Padre. Quizá con su bautismo y la infusión del Espíritu Santo, Jesús, en cuanto hombre, descubre o intuye que el proyecto del Padre lo llevará por el camino del Siervo Doliente. Y Mandinga se aparece y propone, no un proyecto diferente, sino el camino opuesto: el de la gloria fácil y milagreira.

- Si sos el Hijo de Dios, disponé del poder en

provecho propio, buscá la gloria popular mediante lo espectacular, utilizá los métodos de conseguir el poder y el dominio que los hombres aceptan; y hacete al molde (cfr. Mt. 4, 1-11).

El Nuevo Testamento nos asegura que Cristo fue semejante a nosotros en todo, menos en el pecado. Por tanto no podríamos imaginárnoslo siendo tentado por una situación como la que describimos en el primer tipo. El no tenía concupiscencia que lo atrajera al mal. Y sin embargo fue severamente tentado en el segundo sentido. También El tuvo que aceptar por obediencia el proyecto de Dios, que era un plan con mucho de absurdo, humanamente hablando.

Frente a esta tentación ya no basta con la buena voluntad y con la huida de la ocasión. Es Dios mismo quien se pone frente a esta situación, y el diablo quien se aprovecha de ella. De esta no se puede escapar. Hay que aferrarse a la Palabra de Dios, y hay que abrirse al consejo y al discernimiento de los espíritus. Hay que confiar en el propio misterio y desconfiar de los propios criterios (5).

San Gregorio Magno, en su libro II cap. 2 de sus *Diálogos*, nos cuenta de una tentación semejante que tuvo el joven Benito de Nursia en la cueva del Subiaco. El autor nos va mostrando el camino espiritual de aquel joven provinciano, que abandonó su recién iniciada carrera universitaria en Roma, buscando salvar su ánima mediante la huida de las ocasiones abundantes de perdición que allí dice haber encontrado. Primeramente se afinca en un pueblito de los alrededores, donde pronto adquiere fama de santo. Huyendo de la tentación que ello le significa, se interna en los cerros y, mediante la complicidad del monje Román, comienza su vida monástica en una cueva de la abrupta ladera de Subiaco. Ha huido

de las ocasiones y, mediante una vida ascética, trata de superar todos los atractivos de la concupiscencia. De hecho Dios le ha regalado un corazón muy fecundo, y su misterioso plan lo tiene destinado para ser padre de millones de hijos. Con el tiempo nosotros sabemos que será llamado padre de Europa. Mandinga lo sabe y quiere apartarlo del proyecto de Dios. Reconoce en Benito, aún joven, un peligrosísimo adversario por su vivencia del Evangelio, y sobre todo por los caminos que abrirá para otros. Y de allí que se decide a tentarlo, sacándolo de la gruta mediante una cortina de humo. No viene a cambiarle el proyecto. Viene a proponerle otro camino.

- ¿Qué hacés vos aquí en esta gruta, infeliz? Vos que afuera podrías hacer tanto. ¿No sentís que tenés que ser padre? ¿Cómo vas a guardarte para vos solo toda esa vida que tenés? Vamos: hay una mujer que te admira y que sería una excelente compañera.

Y fue tal la intensidad de la imagen propuesta que ya Benito estaba por irse de su lugar, fuera de sí. Pero Dios en ese momento lo iluminó. Lo hizo entrar en sí mismo. Y con un gesto contundente puso fin a la ilusión. Decididamente optó por el camino de Dios. Y el Señor no dejó frustrada su esperanza. Aunque no le simplificó el camino. Porque la superación de este tipo de tentación no simplifica las cosas: las aclara nomás.

Quizá lo específico de este tipo de tentación, sea la zona donde se da: la de la libertad humana. Porque Dios no sólo permite la tentación, sino que fundamentalmente respeta la libertad del hombre. No es fácil de entender este respeto de Dios. Pero a Dios no siempre uno lo entiende. Quiere que su plan sea aceptado por aquel a quien El invita a un

camino difícil, hacia una meta valiosa. Pareciera que para que el hombre se haga consciente de su libertad, Dios permite que Satanás también ofrezca su alternativa.

No es que Dios esté ausente en este momento. Sigue ofreciendo su ayuda. Lo que pasa es que si uno es orgulloso y se las quiere bancar solo, si confía solamente en su juicio, entonces, se arriesga a equivocarse. Si el primer tipo de tentación se daba más bien en la zona de los deseos, esta segunda clase se da más bien en la de la voluntad y la libertad. Aquí no se trata de huir. Hay que resistir y tomar una decisión corajuda, apoyados, no en la propia fuerza, sino en la Palabra de Dios, que es poderoso para cumplir lo que promete.

TERCER TIPO DE TENTACION

Pero la brava es realmente la tercera. La primera nace de uno mismo. La segunda lo provoca Mandinga en la encrucijada de una elección, particularmente cuando el proyecto de Dios es exigente y medio incomprendible. La tercera en cambio tiene mucho que ver con Dios mismo. La podríamos llamar con Jesús: la Hora de las tinieblas.

Dios la permite (6). O mejor, la provoca, al menos indirectamente, al alejarse en apariencia de la situación, dejando que actúe con incomprendible libertad todo el poder del mal. Al igual como se provocan las tinieblas cuando se aleja la luz o la fuente que la irradia. Evidentemente aquí Satanás actúa directamente, moviendo los hilos de acontecimientos y personas que a veces hasta ignoran que están siendo utilizados por él.

Se trata en definitiva de algo que no depende de nosotros. Simplemente tenemos que vivirla con

fidelidad al Señor (7), de una manera a menudo incomprendible. Con un Dios lejano que parece no interesarse por lo que a nosotros nos pasa. Y que se muestra insensible a nuestra oración, y hasta a nuestro grito de angustia que pide su intervención. Más aún, nos ha abandonado y hasta parece estar en contra de nosotros. Al menos así las cosas quisieran imponérselo, aun en contra de una voz interior que nos asegura lo contrario. Según la Biblia es Dios mismo quien concede a Satanás la potestad de disponer de nosotros. No sólo de nuestras cosas, sino también de nuestras personas. Pero reservándose nuestra vida y nuestra fe.

En los Evangelios hay otra experiencia de este tipo de tentación. Es la de Pedro, el apóstol elegido por el Señor Jesús para hacerlo piedra, a fin de confirmar en la fe a sus hermanos. Pero un Pedro que aún era obstinado y testarudo, demasiado confiado en sus propios sentimientos. Necesitaba una purificación. Y el diablo se ofrece para el trabajo, esperando conseguir tan buenos resultados como con Judas, el otro del grupo de los Doce. Recibe permiso de Dios para zarandearlo a fondo. En el deseo del Maligno, esta criba tiene la finalidad de quebrarlo. En el misterioso plan de Dios todo servirá para prepararlo a una delicadísima misión en su Iglesia. Cristo esta vez se lo previene:

- Mirá Pedro: Satanás ha conseguido el permiso para sacudirlos fuertemente, como se hace con una zaranda. Pero yo también he rogado por vos, y he conseguido que tu fe no desfallezca (cfr. Lc. 22, 31-32).

Porque generalmente, en este tipo de tentaciones, Dios está muchísimo más comprometido de lo que las apariencias podrían dejar pensar. Es El quien permite, y quien fija los límites de la prueba. Es

Dios mismo quien decide hasta dónde puede darse la tentación, y qué es lo que no debe ser tocado. Y en el caso de Pedro todo fue echado por tierra: menos su fe en Cristo. Y sobre ella el Señor reconstruiría todo, como sobre la roca desnuda en la que se afirman los cimientos.

Este suele ser, muchas veces, el sentido del tercer tipo de tentación. La preparación inmediata para una misión exigente. Casi siempre en la frontera del amanecer, suele darse la hora de las tinieblas, donde incluso llegan a apagarse hasta las estrellas que nos fueron conduciendo durante la noche.

En esta hora no hay mucho que hacer ni decidir. Los acontecimientos generalmente no dependen de nosotros, ni de los que nos quieren ayudar. Hasta los mismos amigos suelen colaborar en la acción del diablo, aun con la mejor buena voluntad.

Sólo podemos ayunar y orar. Es lo que el Señor llamaba *vigilar*, para no sucumbir a la tentación. Se trata de una acción diabólica que sólo se contrarresta con la oración y el ayuno. Una oración confiada, corajuda y fiel, a pesar de la oscuridad que nos la hace sentir inútil. Cuando entramos en las tinieblas, sólo nos queda ser fieles a lo que hemos visto en la luz.

Y un ayuno que generalmente no es de alimentos, sino de palabras. Porque la oscuridad se alimenta de ellas, sobre todo cuando se expresan en forma de murmuración, de acusación, buscando encontrar culpables o autodefendiéndonos. No queda otra que guardar silencio. Pero no un silencio que sea meramente estar callados, sino aquel que nos regala la posibilidad de estar plenamente a la escucha. A la espera ansiosa del momento de Dios, de su *Hora*. Cuando el dirá: *basta ya*, y se haga la calma.

En el corazón de esta tentación se tiene la certeza de que Dios es poderoso e intervendrá. No para impedir la muerte. Sino para garantizar la vida, y una vida liberada y nueva, en plenitud. Sólo quedará decir en el momento supremo: En tus manos encomiendo mi vida (cfr. Lc. 23,46). Y con ello ponemos en manos de Dios todo lo nuestro que sentimos que se derrumba y que tendrá que morir.

Es la tentación verdaderamente brava. La suprema. La hora de las tinieblas, sobre la que avanza victoriosa y aplastante la Hora de Dios, que es realmente la meta, la última palabra. Lo que justifica todo, incluso el silencio de Dios. Pero Cristo no es sólo ejemplo en nuestras tentaciones. Es sobre todo la causa de nuestra victoria. El ya ha hecho antes que nosotros este camino duro, y ha vencido en su carne el poder de las tinieblas.

- Tengan confianza. Yo he vencido al mundo (Jn. 16, 33). Incluso Jesús afirma que su muerte es lo que le permite dar fruto a sus discípulos. Esto lo dice con referencia a la hora, y concluye asegurando que, cuando El sea levantado en la Cruz, atraerá todo hacia sí (cfr. Jn. 12,20-32). Podríamos asegurar que nuestra victoria sobre este tipo de tentación es ya un hecho realizado en Cristo, y que solamente nos toca permanecer en El para no perder su fruto.

Quizás el sentido más profundo de la parte final del Padrenuestro se refiera justamente a esto. Cuando rogamos: *No nos dejes caer en la tentación*, estamos pidiendo que nada ni nadie nos separe del amor de Cristo, a fin de que no caigamos en las manos del Maligno, pues es asesino desde el principio (cfr. Jn. 8,44).

Me parece que en cada época estas tres formas de tentación adquieren una modalidad propia.

NOTAS DE LA REDACCION

1. Esto es así si se trata del "origen" de nuestros "pensamientos" o mociones; pero, si se trata de su "sentido", todavía se pueden atribuir al demonio estas inclinaciones malas. S. Ignacio, en el título de sus reglas de discernir, usa un verbo ("se causan..."), verbo reflexivo que "pudo haber sido usado conscientemente... para no entrar en el tema de las causas -metafísicas o físicas- de las mociones interiores. El problema de la causalidad -sobre todo de la eficiente- de las mociones es hoy un tema muy delicado por el estudio que la psicología moderna hace de nuestro interior (inconsciente, subconsciente ...). Sin embargo, el discernimiento de espíritus no tiene nada que ver, para S. Ignacio, con la averiguación -propia de la filosofía- de la cuotaparte de eficiencia causal de cada causa o agente". S. Ignacio habla constantemente de que "el mal espíritu" propone (EE. 333), hace imaginar (EE.334), muerde, entristece y pone impedimentos, inquietando con falsas razones (EE. 315), trae sus astucias y persuasiones (EE. 336) y nos bate y procurará tomarnos -es decir, vencernos- (EE. 327); y que el "buen espíritu usa el modo contrario" (EE.314). Pero todo esto no tiene por qué tener sentido físico o metafísico. Pensamos que el sobrio "se causan..." de S. Ignacio en el título de las reglas -y que se repetirá en EE. 316- es equivalente a se producen, acaecen (EE.346), ocurren, acontecen... Más que su origen causal -sobre todo eficiente-, a Ignacio le interesa su sentido religioso: si las mociones apartan del plan divino, de la voluntad de Dios, se atribuyen, en último término, al "mal espíritu", sea como sea que éste "use" -por así decirlo- de nuestras propias inclinaciones. En otros términos, a Ignacio -y a nosotros con él- interesa la intencionalidad final, y no el origen eficiente de las mociones que "en el ánima se causan..."; y, de acuerdo con esta intencionalidad, discernirá si son mociones buenas y malas, atribuyéndolas en un caso al "buen espíritu", y en el otro al "malo" (cfr. M.A.Fiorito, *Discernimiento y lucha espiritual*, Ediciones Diego de Torres, San Miguel -BA-, 1985, pp.28-29). Sobre el mismo tema del origen de nuestras mociones, véase S. Bernardo, en un sermón sobre la discreción de los espíritus (*Sermones*, Poblet, Buenos Aires, 1947, tomo III, p. 170).
2. Aquí el autor nos narra un largo ejemplo en que se ve que no siempre

el demonio nos tienta al mal. A este propósito, se dice en la Vida de San Antonio, que un día el demonio se le apareció y, ante una pregunta del Santo -por qué los molestaba a los monjes-, le respondió: "No soy yo quien los molesto, sino que sus molestias tienen su origen en ellos mismos" (San Atanasio de Alejandría, *Vida de San Antonio*, CUADERNOS MONASTICOS, X (1975), p.200, n. 41).

3. Son las tentaciones que S. Ignacio considera como "groseras y abiertas" (EE.9), y para las que redacta las reglas de discernir "más propias de la Primera Semana" (EE. 313 y ss.).
4. Son las tentaciones que S. Ignacio llama "debajo de especie de bien", en las que se aplican "las reglas de la 2da. Semana" (EE.10). Son las tentaciones más frecuentes cuando se trata de elegir estado de vida, cuando las posibilidades son más de una, y todas "buenas en sí, y que militan dentro de la santa Iglesia jerárquica y no malas y repugnantes a ella" (EE.170). Y es cuando se necesita más el acompañamiento de uno que conozca -más por experiencia que por estudio- este tipo de tentación, y guíe a quien elegir estado de vida.
5. Hay que abrirse al consejo (de otro) y al discernimiento de los espíritus. Hay que... desconfiar de los propios criterios". Ya lo habíamos dicho antes (cfr. nota 4): es una tentación que S. Ignacio llama "bajo especie de bien" (EE.9), de "materia más sutil y más subida" (EE.10). Para discernirla, "debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos (y no meramente un "momento" de los mismos); y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, es señal de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva o menos buena que la que el ánima tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándole su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna" (EE.333). No es, pues, una tentación que se advierta en un momento puntual de la misma, sino en un "proceso", con "principio, medio y fin", donde "cuatro ojos ven más que dos". Y por eso, sobre todo en este caso, "el enemigo de la naturaleza humana... quiere y desea que (sus astucias y persuaciones) sean recibidas y tenidas en secreto... (porque sabe que) cuando las descubre a su buen confesor u a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, al ser descubiertos sus engaños manifiestos" (EE.326).
6. S. Ignacio, en carta a la religiosa Teresa Rejadell, hablando de las

"dos lecciones que el Señor acostumbra a dar" -y que son la consolación y la desolación-, dice que "la una da, la otra permite. La que da es consolación interior, que echa fuera toda turbación y trae a todo amor del Señor...; (pero) quedando sin esta tal consolación, luego viene la otra lección, es a saber: nuestro antiguo enemigo poniéndonos todos inconvenientes posibles por desviarnos de lo comenzado, y tanto nos veja y todo contra la primera lección... (que) venimos en parecer que en todo estamos apartados del Señor nuestro..." (*Obras completas de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid, Carta 5, n.4).

7. Es la segunda causa -de las tres principales que indica S. Ignacio en EE.322-; o sea, "para probarnos para cuánto somos y en cuanto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias". Pero también debemos pensar si esa desolación no nos ha venido por la primera causa, indicada allí mismo por S. Ignacio: o sea, "por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios...". Es lo que le sucedió a Nadal cuando, estando en París con Ignacio y los compañeros, sintió la vocación a la Compañía de Jesús y no la siguió, por "un fraile franciscano... compatriota y pariente mío, hombre de gran autoridad, porque temía que fuera a escribir de mí malas noticias a Mallorca", afectando con ello sus deseos de progresar en la vida eclesiástica. Escribe así Nadal en su Diario: "Me embarqué para Barcelona. Y quiero notar los grandes peligros y dificultades en que me encontré desde que salí de París. Recuerdo todavía cuán amarga y continua era mi tristeza: no hallaba descanso en mis estudios, ni en mis cualidades de predicador. Me sentía enfermo del estómago, me dolía la cabeza, estaba aburrido de mí mismo, en ningún sitio podía hallar ni paz ni alegría... Habiéndome quejado, conmigo mismo y con otros, de este estado mío, nunca que yo sepa me quejé de no haber seguido mi vocación, que siempre he pensado que comenzó en París y que, por mi maldad, había rechazado..." (MHSI. Mon. Natalis, I, pp. 5-8). Como vemos, este caso de "desolación" -que incluso es una "somatización"-, no es una "prueba" que lo "purifica" a Nadal de sus imperfecciones, sino una "corrección" del Señor: como dice la Carta a los Hebreos, "a quien ama el Señor, corrige; y azota a todos los hijos que acoge. Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige? Mas si quedáis sin corrección... señal de que sois bastardos y no hijos" (Hb. 12, 6-9, con notas de la Biblia de Jerusalén).

Siempre, pues, que experimentamos una desolación, debemos preguntarnos, **en primer lugar**, si es por nuestra "negligencia" en el camino del Señor; y si no lo es, preguntarnos **por las otras "causas"** de la desolación" indicadas en EE.322.

De la revista **BOLETIN DE ESPIRITUALIDAD**, Argentina, Nº 125, septiembre-octubre 1990, págs. 1-11).

"En todas cosas conservad la libertad de espíritu. No os preocupéis de las opiniones de los hombres, antes conservad el espíritu tan libre, que, si fuere preciso, podáis hacer lo contrario. No renunciéis jamás a la libertad".

IGNACIO DE LOYOLA, Monumenta Ignatiana, XII 679.